

en la coda final que cierra el libro—, también puede resultar que sean precisamente estos miedos y estas esperanzas los que generen, de hecho, la emergencia de algo tan antiguo y tan nuevo, siempre tan actual, como la técnica. La esperanza y el miedo —así como el amor y el odio, la alegría y la tristeza, el placer y el dolor, y quizá otros tantos sentimientos encontrados— resultan de una tensión inherente al ser humano, una tensión entre la conciencia de su finitud y su anhelo de inmortalidad: «la originaria tensión entre finitud y superación de la finitud recibiría hoy la forma de *finitud y técnica*». Podría incluso decirse que los logros técnicos de hoy parecen cumplir la función immortalizadora que antaño cumplieron las hazañas deportivas, las gestas militares, las proezas artísticas o los hitos científicos.

Sin embargo, lo que cabe resaltar es precisamente lo que conlleva esta pretensión infinita de la técnica, ilustrada en la idea de un progreso indefinido, diríase desbocado. La existencia humana deja entonces de zozobrar entre la nada y el infinito, transformándose en una incesante transición sin fin hacia un supuesto perfeccionamiento de la especie, olvidando con ello su condición mortal. Este olvido es fruto de un proceso de abstracción propio de la técnica —fácilmente constatable a partir de la terminología que utiliza—, y lleva en sus entrañas un fruto más amargo si cabe: la negación de aquella conciencia que nos hace humanos. Con esto se nos desvela aquello que la técnica de hoy oculta, a saber, que «la finitud tiene que ver con la concreción y la experiencia de situaciones siempre singulares». Una de ellas es la experiencia del pensar, de la que hace buen acopio el presente libro. Otra es la experiencia de «algo que nos incumbe y que no tiene que ver con ningún proceso de dominación y progreso» ni de sumisión o regresión; «algo que no está por venir (...), algo que ya está aquí (...) y que no deberíamos perder de vista en ningún proyecto político y comunitario»; algo que, a menudo, muy a menudo, queda eclipsado por la técnica —la *amistad*. El potencial creador y destructor de la técnica oculta también esta gracia humana que es el *cuidar*.—DAVID C. REDÓN.

LLANO, ALEJANDRO. *Caminos de la filosofía. Conversaciones con Lourdes Flamarique, Marcela García y José María Torralba*. Pamplona: EUNSA, 2011. 404 pp., ISBN 978-84-313-2805-4.

Este libro recoge una serie de conversaciones mantenidas entre Alejandro Llano y tres antiguos alumnos suyos: Lourdes Flamarique, Marcela García y José María Torralba, con motivo de su jubilación. El eje fundamental de este libro es un repaso a la vida y a la obra de Llano, en el que se entretienen una larga discusión filosófica sobre los puntos principales de su pensamiento, nuevas cuestiones que se le plantean al hilo de la conversación y temas centrales de la actualidad filosófica. La entrevista recogida en este libro se abre con la pregunta «¿por qué filosofía?», y en buena medida, el resto del libro no deja de ser una respuesta a esta pregunta en sus dos sentidos: el porqué del quehacer filosófico de Llano, y el porqué del quehacer filosófico en sí mismo.

Por la naturaleza de este libro —transcripción de una conversación—, unos temas llevan a otros, hay referencias a cuestiones antes aludidas, algunos problemas atraviesan todo el diálogo, otros surgen espontáneamente... Sin embargo, cada paso de la entrevista está marcado por algunos temas en particular. El primer capítulo es el que más abunda en anécdotas y recuerdos, especialmente de los años de estudiante de Llano y de sus primeros pasos como profesor. Los siguientes capítulos, en cambio, están marcados por la reflexión sobre las principales cuestiones de su pensamiento. Esta reflexión empieza con cuestiones metodológicas y temas esencialmente de filosofía teórica, dando paso después a problemas de filosofía práctica y de actualidad. Así, en los primeros capítulos abundan las referencias a obras como *Fenómeno y trascendencia en Kant* (Pamplona: EUNSA, 1973), *El enigma de la representación* (Madrid: Síntesis 1999), *Metafísica y lenguaje* Pamplona: EUNSA, 1984) y *Metafísica tras el final de la metafísica* (Madrid: Cristiandad, 2007), mientras que al final del libro la discusión gira alrededor de temas planteados en *La vida lograda* (Barcelona: Ariel, 2002), *La nueva*

*sensibilidad* (Espasa-Calpe, Madrid 1988) y *Humanismo cívico* (Madrid: Ariel, 2000).

El primer capítulo, «Una vida filosófica», a pesar de ser quizá el más parecido a una biografía, no se agota en una semblanza o un itinerario intelectual: abunda la reflexión —a modo de segunda navegación— de los problemas que cautivaron a Llano en su juventud, y que trazaron en buena medida las bases de su desarrollo filosófico: Kant, Santo Tomás, la filosofía analítica y la fenomenología y los problemas de la trascendencia y la libertad; así como de temas que salen al paso en el diálogo: las dificultades de la universidad actual, la ambivalencia de la relación maestro-discípulo, el filosofar como quehacer amoroso.

El segundo capítulo, «Filosofar desde la finitud», abre paso a un recuento de algunos de los temas centrales del pensamiento de Llano. A pesar de lo extenso de su obra (alrededor de veinte libros, cerca de cien capítulos de libros y artículos, e innumerables contribuciones en prensa y revistas culturales) este repaso no es en modo alguno un vistazo general: no se contenta con la enumeración de temas y cuestiones, y en modo alguno se tratan como problemas resueltos. Se pretende la reflexión y el repensar. En palabras de los entrevistadores, se ha querido ayudar a Llano «a que se interprete a sí mismo» (p.10).

El capítulo comienza con la cuestión del método para hacer filosofía; y desde él es que serán abordados los principales planteamientos teóricos de Llano: la cuestión del ser, el idealismo trascendental, o la filosofía analítica. En la conversación su método se describe como un «*filosofar desde la finitud*». En esta expresión se concentra el tema central de este capítulo, y es quizá la principal idea del libro: lo que da unidad a la variedad de temas que Llano ha abordado a lo largo de su vida, a la diversidad de corrientes y autores con los que ha dialogado, es que se ha dispuesto siempre a filosofar desde la finitud. Esta es la perspectiva de quien acepta la naturaleza intelectual ensombrecida de la condición humana, la necesidad de proceder dialécticamente, y por tanto, la imposibilidad de sistematizar de modo totalizante la realidad: la naturaleza

ontológicamente finita del hombre, su ser en el tiempo, el fenómeno como el punto de partida necesario del conocimiento... hacen que, aunque la razón y el pensamiento tiendan a lo absoluto e infinito, lo hagan siempre desde la finitud y la dependencia. Es en este sentido que Llano plantea la necesidad de filosofar huyendo de los discursos totalizantes, como pueden ser el naturalismo, el empirismo, el racionalismo o el idealismo absoluto. Sin embargo, filosofar desde la finitud no significa renunciar a la trascendencia. En este sentido, Llano pone como ejemplos a Aristóteles y a Kant. Para el primero, el vector de avance teórico no es la búsqueda de lo más primitivo, sino el avance hacia el *telos* (p.121). El segundo, por su parte, va abandonando la «cosidad» para pasar a los principios puros del conocimiento (p. 158). Ambos abandonan un inicio apegado a experiencias elementales para elevarse a la búsqueda de lo trascendental. En esta clave, se aborda otro tema importante del libro: el de las deducciones trascendentales como el modo de argumentación propio de las filosofías que aceptan el carácter finito del conocimiento. En una deducción trascendental se parte de una realidad finita, pero se abre a un horizonte cuasi-infinito: se pretende un alcance metafísico sin recurrir a la totalidad. Hay que señalar, y en esto radica en gran medida la originalidad del planteamiento de Llano, que su consideración de las deducciones trascendentales no es privativa de Kant, sino que alcanza al modo de argumentar de otros filósofos, como es el caso de Aristóteles, según se advierte en su argumento en la defensa del principio de no contradicción. El nervio de la deducción trascendental, así entendida, es mostrar como imprescindible la capacidad de distinguir una cosa cognoscible respecto a las demás cosas cognoscibles, y respecto al propio cognoscente: mostrar que no se puede pensar si no se piensa algo determinado (p. 200).

El siguiente capítulo, «Ser, verdad, acción», en consonancia con la idea del filosofar desde la finitud y el rechazo de las filosofías totalizantes, comienza discutiendo la propuesta de una «metafísica mínima» —tema central de *Metafísica tras el*

*final de la metafísica*, en coautoría con Fernando Inciarte—. No se trata, como podría hacer pensar su nombre, de una metafísica debilitada. Al contrario, este «empobrecimiento» de la metafísica busca sobreponerla a los intentos actuales de eliminarla. La pretensión de la metafísica no es entenderlo todo, incluso lo más complejo y particular, sino la indagación de los primeros principios que rigen la constitución del mundo. Bajo esta concepción de la metafísica, la mejor manera de fortalecerla es restituírle su carácter escueto: son pocos sus contenidos, pero tales contenidos son los más radicales. La estrategia contraria, reivindicar a la metafísica a fuerza de atribuirle temas extraños, sólo puede dar pie a nuevos ataques, por demás, justificados. Pero en lo que sí atañe a la metafísica, los pocos resultados serán extraordinariamente valiosos: el principio de no contradicción o la distinción substancia-accidentes o sujeto-predicado como estructuras básicas de la realidad y el discurso, respectivamente.

De la mano de la sugerencia de una metafísica mínima, y especialmente del rechazo del discurso totalizante, va la convicción de que no se puede pretender hacer *la* metafísica, sino *una* metafísica. Es imposible abarcar todos los accesos a la realidad, todas las tematizaciones posibles de los entes. Ahora bien, aunque sostiene que toda metafísica es una versión de la metafísica, Llano niega que esto implique la relativización de todas ellas: el proceder de la investigación metafísica implica tomar ciertas decisiones teóricas, adoptar diferentes estrategias posibles. De ahí que se haga una determinada metafísica que no puede agotar todas las posibilidades (p. 235).

Al hilo de la metafísica mínima, se discute en torno a sus principales contenidos. Además de dar cuenta de algunos de los temas ya mencionados, el diálogo se centra en los binomios representación-concepto, ser veritativo-ser real, y sueño-vigilia de la razón —todos ellos temas centrales en la obra de Llano— con la trama de la mediación-inmediación como telón de fondo. Al final de este capítulo la conversación torna a aspectos de filosofía práctica. Los aspectos lógicos y formales del conocimiento

(juicio y concepto), y su papel en la comparecencia de la verdad, dan paso a temas como la verdad práctica, la decisión humana o la vida moral.

En el último capítulo, «Ilustración o modernidad», el diálogo se extiende sobre los principales problemas del presente. El punto de partida es el libro *La nueva sensibilidad*, y la lucidez con la que Llano abordaba ahí temas que en aquel momento apenas se empezaban a vislumbrar —como la postmodernidad y los movimientos emergentes: ecologismo, feminismo, nacionalismo y pacifismo—. A partir de ahí se habla sobre el modelo que en aquel ensayo se proponía de la modernidad, de su acierto y actualidad, y de la necesidad de salvarla de sí misma. El modelo de análisis de la modernidad que Llano propone es un esquema en dos niveles: «tecnestructura» y «mundo vital». Mercado, Estado y medios de comunicación componen la tecnestructura. El mundo vital, en cambio, es el ámbito de las relaciones originarias entre personas, comunidades, familias y otros grupos humanos y constituye la fuente de sentido. La modernidad se caracteriza por el olvido de la fuente de sentido, dando lugar al imperio de los medios: el mundo del economicismo capitalista, el funcionalismo, el pragmatismo y la producción han colonizado todos los aspectos de la vida humana, olvidando totalmente la discusión sobre los fines. Para reconquistar el mundo vital, Llano insiste en la necesidad de abrir paso a una nueva sensibilidad, encarnada en los movimientos divergentes antes mencionados, y en la comparecencia de la sociedad civil a través de las ONGs, el voluntariado, el tercer sector, etc. De este modo, el humanismo cívico es una de las claves ante la crisis de la modernidad: contra la colonización del mundo vital por parte de la tecnestructura, este humanismo pretende la presencia del mundo vital en el ámbito público: la participación de las personas y comunidades ciudadanas en la orientación y desarrollo de la vida política.

Respecto a este tema, resulta especialmente interesante el diagnóstico que Llano hace sobre la universidad, ámbito que conoce particularmente bien, con casi cincuenta

años dedicados a ella, tanto en el ámbito docente, como en la gestión (ha sido, por ejemplo, decano y rector de la Universidad de Navarra). La universidad, donde tradicionalmente la primacía la tenía el conocimiento sobre la pura práctica, y por ello debería ser resistente a esta deriva hacia la mediatización, ha sido herida, no obstante, por el procedimentalismo y el pragmatismo contemporáneo. La universidad, que de suyo se ocupa de la lógica de los fines, ha sucumbido ante la lógica de los medios: ante el afán de producción, de utilidad y beneficio; ha perdido su alma.

Las últimas páginas del libro tratan sobre la relación entre fe y razón. Ante el planteamiento de si ser filósofo y cristiano supone algún dilema, el supuesto compromiso del cristianismo con una racionalidad específica o la «oficialidad» del tomismo, se insiste con énfasis en que la verdad debe buscarse allí donde esté: filosofar siendo cristiano debe ser filosofar desde la libertad. Esto se aprecia en el carácter abierto del cristianismo: es una religión tradicional que no hace borrón y cuenta nueva de lo pasado anteriormente, sino que es capaz de encontrar inspiración allí donde encuentra verdad (por ejemplo, en la filosofía griega). Y no sólo eso, sino que la filosofía cristiana tiene la tarea de tratar de dar cuenta de otras tradiciones. En este sentido, indica Llano, uno de los motivos principales de la crisis intelectual del catolicismo es que no ha habido una asimilación crítica suficientemente inteligente y amplia de la filosofía contemporánea (p. 383).

En algún lugar del libro, Llano recuerda a un profesor suyo que, al pasar de un tema a otros durante sus clases, se disculpaba: «me he ido por los cerros de Úbeda. Pero en filosofía todo es Úbeda». De modo similar, por la infinidad de temas que implica recorrer la vida filosófica de un pensador tan prolijo y diverso como es Alejandro Llano, se podría esperar de este libro cierta dispersión y fragmentación. Sin embargo, la diversidad de temas y la libertad en el diálogo caracterizan esta serie de conversaciones sin romper con la unidad que proporciona la filosofía como el marco y el hilo mismo del diálogo —todo es Úbeda—. Además de algunos temas ya mencionados, como la libertad, la

trascendencia, filosofar desde la finitud, la fe cristiana, el olvido de la verdad o el binomio mediación e inmediatez, que recorren todas las páginas del libro dándole unidad, contribuye a la continuidad de la entrevista el diálogo iterativo con algunos filósofos como Millan-Puelles, Inciarte, Geach o Anscombe, y especialmente con Aristóteles, Santo Tomás, Kant, Heidegger y Wittgenstein.

Es menester hacer notar el valioso papel que juegan los interlocutores de Llano en estas conversaciones, quienes claramente conocen a fondo su obra, y se muestran agudos a la hora de plantear temas y profundizar en ellos.

Estas conversaciones resultarán de especial interés a quienes tengan cierto conocimiento de las publicaciones de Alejandro Llano. Sin embargo, por la claridad con que se exponen los diferentes temas que se abordan a lo largo del libro, no es necesario haber leído la obra de Llano para seguir con facilidad el hilo de los argumentos. El tipo de cuestiones que se discuten en estas conversaciones, la hondura con que se abordan, y la novedad de varios planteamientos, hacen de este libro un texto de interés para seguir la problemática de la filosofía actual, desde la perspectiva de uno de los pensadores más destacados. La doble dimensión que se plantea en la pregunta con que se inicia este libro, «¿por qué filosofía?», hace de este libro una reflexión de la propia reflexión filosófica, y de la reflexión filosófica de Llano en particular. Y por esto mismo, *Caminos de la filosofía* resulta un verdadero libro de filosofía.—STÉFANO STRAULINO.

MORENO PESTAÑA, JOSÉ LUIS. *La norma de la filosofía. La configuración del patrón filosófico español tras la Guerra Civil*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2013, 223 pp.

Este libro ofrece al lector una reflexión olímpica acerca del presente de la filosofía española. Pero para entenderlo en sus justos términos, ese presente es afrontado en toda su densidad temporal, como si se tratara del precipitado de una herencia anterior, con sus fracturas, desplazamientos y continuidades. La herencia en cuestión la constituye el orteguismo. Este no se